

mente una discusión que se quería acalorada. «Rafae», como lo llaman los sevillanos, respondió con los guiños de ese tic que le acompaña desde hace años y ajustándose el nudo de la corbata mientras se removía suavemente en el sillón dijo con voz jovial.

—Esto me gusta, se pone bien. Que hoy vengo yo con ganas de pelear.

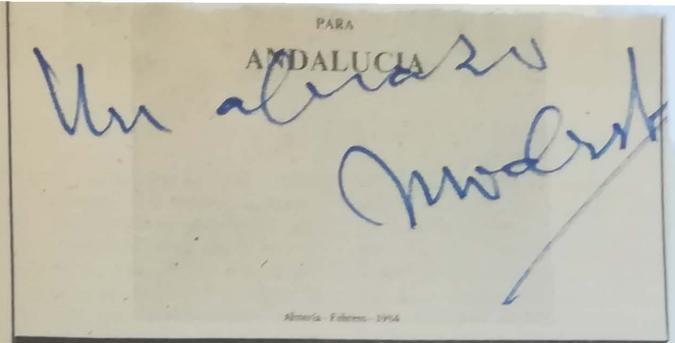
Al final, claro, las palabras no se oyeron en el río y Escuredo

voz confiada de siempre. —Venga, venga... Que hoy también tengo ganas de pelea. Al final acabamos acariciando un guisqui colectivo y la dialéctica tampoco derrapó en la Caríhuela.

Pero claro, lo que empezó con una huelga de hambre pisando los umbrales de aquel febrero hoy aniversario se convirtió en un gesto que galvanizó a la opinión pública andaluza: algún día podría acabar mal. Los gestos, en

Una imagen de los socialistas andaluces, un hombre efectista de pelea y de coraje ha dicho adiós, al menos en principio, a la política activa. Nadie podrá echarle en cara que no se entregó por su tierra, que no se entregó decididamente autonomista desde los comienzos, que no luchó.

Desde ahora «Rafae» Escuredo guarda bajo la manga de su chaqueta política la última carta de todo buen político que se precie: su regreso.



El saco de los poetas

(Descosido para un homenaje)

JUAN JOSE CEBA

Déjalo con cuidado aquí mismo, lentamente, procura que no roce la ventana, ¡eso es!... este es el saco de los poetas, un saco remendado, ruidoso y con muy pocas estrellas dentro.

Esto era una vez que los poetas que vivían en el saco estaban huérfanos de padres y de madres, no encontraban teta donde chupar, ni protección donde agarrarse. Buscaban por los valles o las plazas urbanas un poeta-mástil, un guía que les ayudara desde su tiempo cosido a cuchilladas. Pero no había forma. Los poetas del saco agonizaban sin remedio, se leían unos a otros su último soneto, como el que acaba de descubrir la fórmula mágica que hace funcionar las computadoras.

Casi nadie se atrevía a sacar la cabeza del saco: era como una matriz donde se estaba a oscuras y unos a otros se daban calor. Uno quiso nacer, pero los otros lo impidieron. Se nace de un grito, de una voz, de una palabra que se lanza al aire como una gaviota que llega despistada hasta Purchena. Se tiraban de la chaqueta o del falo, para que ninguno se atreviera a asomar su cabezota de hombre ilustre—con mucho lustre—. Nadie quiso utilizar las tijeras. Los poetas del saco, además de huérfanos eran tímidos.

Llegó entonces a la ciudad una mujer que estaba enamorada del mar y que montaba en bicicleta. El escándalo corrió por las calles, por las plazas, subió y bajó a los barrios y llegó apagado hasta el saco. Enamorarse del mar no era lo grave. En la ciudad todos vivían enfermos del corazón, porque el mar los tenía en un puño. Montar sobre dos ruedas ya era materia de herejía. Comenzó a gestarse un proceso para denunciarla a la inquisición, pero alguien cayó en la cuenta que hacía muy pocos años que la habían suprimido, pero que no importaba mucho, porque de la envidia al odio, pasando por la calumnia bastaba una cerilla que encendiera la mecha.

La mujer venía de Europa, mejor aún, de Barcelona, que es un brazo encogido de Europa. Los huérfanos del saco la odiaron, otros empezaron a sospechar cosas terribles, hasta que algunos, aprovechando el sueño de los poetas iracundos, salieron sigi-

losos al amanecer y encontraron a la mujer-motor que ponía en acción a los jóvenes luminosos de la ciudad. Todos parecían hijos suyos, compañeros; su alma los ponía a trabajar, era alegre, impulsiva, apasionada. La encontraron y la reconocieron, se borró la orfandad y el júbilo creció como una llama.

Los poetas nonatos se enfurecieron en la arpillera, mordieron retamas y hojas abortivas; maceraron raíces venenosas para dárselas.

Ya entonces había descubierto ella la tierra y se había convertido en carne de desierto. Mujer térrea, se le escuchó cantar coplillas de un navegante griego, lanzado desde el mar —marineró— a las playas del Alquíán. Nadie sabía lo que iba a pasar. Le seguían sus discípulos, enamorados de la viveza de sus palabras, le escuchaban versos, la adoraban. Subió hasta donde estaban los del saco. Fue hasta ellos con decisión, le arrojaron piedras y la bañaron de gritos, desgarró el saco hasta el fondo y los poetas huyeron despavoridos, enseñando sus colas de renacuajos. Tras el saqueo se sentó en el descanso del agua a esperar a un príncipe Arturo en la Almedina. Desde la Alcazaba llegaban ecos de otro árbol de acción, como ella, llamado **Almotacín**, en un siglo de caminantes y refugiados: arribaban con sus recuas cargadas de metáforas para el rey; éste las degustaba, libaba su miel y si las encontraba exóticas y nuevas las adquiría para sus fiestas, para sus bodas en el harén de la poesía. Pensó —mientras esperaba en la antigua ciudad— en otro vitalista: **Franco Villaespesa**, que había muerto en la pobreza, consolado por las visitas vespertinas de **Gabriel Pradral**, que le leía versos de **Federico**: —ahora te voy a leer la escena del teniente coronel de la Guardia Civil...

Pero ella, como paisaje trágico del sur, quería llenarse de hijos propios. Cuando tuvo al príncipe, quiso todas sus ramas llenas de hijos-pájaros-al-aire. Al abrir su último grito, como una flor o un paracaídas sobre la ciudad, comprendió que estaba vacía, que los hijos aguardaban en las dunas yermas, esperando que al cabo de los años, cogidos a su memoria —menos huérfanos— le llamáramos madre, la quisiéramos **Celia**.

"La Provincia" - Diputación Almería - II - 84